

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO
Ez 34, 11-12.15-17; Sal 23, 1-6; 1 Cor 15, 20-26.28; Mt 25, 31-46

Hoy es el último día del año litúrgico y con este domingo terminamos desde la perspectiva de la liturgia de la Iglesia el ciclo del año A. En otras palabras, con la fiesta de Cristo Rey del universo los católicos celebramos el final del año desde la perspectiva de la fe de la Iglesia y de la meditación que se nos ha presentado durante todo el año sobre el mensaje central de los evangelios que llamamos Kerygma. Aunque la Palabra algunas veces nos resulta algo extraña para nuestro normal uso del vocabulario, la misma encierra cuatro verdades de la fe cristiana: *vida, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.*

Me parece importante empezar reflexionando en el hecho de que en la vida litúrgica de la iglesia, hoy terminamos un año litúrgico (ciclo A) y empezamos otro (Ciclo B). Al terminar el año 2015, con la fiesta nuevamente de Cristo, rey del universo, iniciaremos el tercer ciclo de textos en la liturgia de la iglesia (Ciclo C); y así meditamos sucesivamente cada año, pasando por los evangelios y por los textos principales de la Sagrada Escritura.

La semana próxima empezaremos la reflexión del nuevo año litúrgico con el *adviento*, en donde nos preparamos para la llegada del Señor que celebramos en *navidad* y la cual se culmina con la celebración del bautismo del Señor. Después iniciamos los ciclos de *domingos ordinarios* donde se empieza a meditar durante unas siete u ocho semanas sobre la vida pública de Jesús. Hacemos un paréntesis para entrar al tiempo de *cuaresma*, en donde conmemoramos los cuarenta días de Jesús en el desierto, para llegar al momento cumbre del año litúrgico, el cual llamamos *Triduo pascual* (pasión, muerte y resurrección de Jesucristo). Con la vigilia Pascual empezamos el tiempo de la alegría de la *Resurrección* mediante el tiempo pascual que regularmente son seis semanas que terminan con la celebración de la ascensión del Señor. Posteriormente pasamos a la celebración del domingo de *Pentecostés*. De nuevo retomamos el tiempo ordinario que se abre con las dos grandes solemnidades de la Santísima Trinidad y el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo (Corpus Christi); para continuar con el resto de semanas del *tiempo ordinario* hasta llegar hasta donde hoy estamos, *la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.*

Pasando al tema de la liturgia de la Palabra de Dios en la que se nos presenta a Jesucristo Rey del Universo, es importante que nos detengamos en tres ideas fundamentales que subyacen en los textos: a) Cristo como Pastor; b) Cristo como Rey; c) Cristo como juez.

En la primera faceta de Cristo como Pastor es la que os presenta la Primera lectura del libro de Ezequiel en el capítulo 34 que se remonta al hecho histórico del pueblo de Israel en el exilio de Babilonia (587-538 a.C.), quien en dichas circunstancias habían perdido, por las consecuencias del pecado, la esperanza en las promesas del salvador y el significado de su tierra, templo y ley, fundamentos de su fe. No obstante nace la voz del profeta hablando de un Dios Pastor, quién a pesar del sentimiento humano de desprotección y de total abandono del pueblo, recuerda la fidelidad y al amor de Dios que como un Pastor irá tras de las ovejas descarriadas y las apacentará personalmente.

Tras un vistazo por la Sagrada Escritura, y bajo las circunstancias de la actividad pastoril en la que normalmente se desempeñaba una gran mayoría de los Judíos de la época, el autor sagrado toma la figura como derrotero para recalcar la imagen de un Dios que no es vengativo sino por el contrario un Dios Pastor, que va tras la oveja descarriada, la busca, la toma en sus hombros y la retorna a su rebaño.

Cristo retoma esta misma figura en su predicación, especialmente mediante las parábolas de la misericordia del capítulo 15 del evangelio de San Lucas. Y mucha falta nos hace meditar en ella puesto que nuestra actitud frente a Dios es algunas veces tenebrosa, cuando lo pensamos sin misericordia y compasión. La Iglesia, y más aun los que tenemos el encargo de ser pastores del pueblo, debemos meditar continuamente en la trascendencia de este Dios misericordioso para asumir las rutas de la evangelización y presentar el evangelio como el anuncio gozoso de un Dios bueno que nos invita a participar de su Reino.

Cuando olvidamos la figura del pastor, presentamos el rostro desfigurado de un Dios vengativo y castigador que termina por hacer alejar a los que están buscándole o incluso a tergiversar el plan de salvación de Dios. Valga recordar entonces también aquí las Palabras del Papa Francisco cuando en su exhortación pastoral *Evangelii Gaudium* nos dice: *“Confesar a un Padre que ama infinitamente a cada ser humano implica descubrir que «con ello le confiere una dignidad infinita». Confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana significa que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios. Confesar que Jesús dio su sangre por nosotros nos impide conservar alguna duda acerca del amor sin límites que ennoblece a todo ser humano.”* (Cf. EG # 178).

La segunda faceta de Cristo como Rey la liturgia de la Iglesia nos la presenta ya desde nuestro propio bautismo, puesto que cuando fuimos ungidos con el Santo Crisma, nos hacemos Profetas, Sacerdotes y Reyes con Cristo. No existe dignidad

más grande que un ser humano pudiese aspirar, puesto que somos *“hijos del Rey en su Hijo”*. No obstante ciertamente algunas veces nos comportamos como esclavos, puesto que perdemos nuestra dignidad en el pecado o sencillamente entregamos nuestra libertad a nuestros deseos y pasiones, estopeando así los planes originales de Dios para con nosotros: *“Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó... Y los bendijo Dios con estas Palabras: ‘sean fecundos y multiplíquense, y extiéndanse sobre la faz de la tierra y sométanla. Dominen en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptá sobre la tierra (Gn 1,27-28)”*.

Es por eso que Dios nos alimenta con el alimento de la inmortalidad que es la misma Eucaristía, Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, para que no necesitemos de alimentarnos de los placeres mundanos y de las bajas pasiones que afectan nuestra dignidad y desdicen de nuestra identidad. Quizás existan en el mundo actual muchos que se dejan llevar por los complejos, y ante los mismos pecados, no ven otra perspectiva que entenderse enfermos y acomplexados; pero yo me atrevería a decir que, entre otras cosas es un poco de falta de fe y de ser conscientes de nuestra dignidad.

La fe nos tiene que llevar a poner en funcionamiento todas las potencias psicológicas y espirituales, de tal manera que podamos afrontar, con buena voluntad, los problemas y dificultades que día a día se nos pueden presentar, y para luchar valientemente frente a nuestras propias debilidades y limitaciones. Me parece un poco descabellado que si sufrimos de alguna deficiencia o tenemos alguna debilidad, aun diciendo que somos personas de fe, recurramos primero a todos los medios humanos habidos y por haber para enfrentar nuestras debilidades. Cuando se han tocado todas las puertas y vaciado los bolsillos, es entonces cuando se recurre a Dios, dándonos cuenta de que *‘Él es el Camino, la Verdad y la Vida’* (Cf. Jn 14,6) y que yendo primero a la fuente y luego a los medios humanos que tenemos a nuestra alcance, no habrá nada que pueda superar la fe y la buena voluntad.

En la tercera faceta de Cristo como Juez es en la que se detiene esencialmente el evangelista Mateo, a través del texto que hoy meditamos en la parábola del juicio final. En ésta parábola se nos presenta que los destinatarios del juicio final seremos todos los seres humanos. No habrá nadie excluido, ni aun los que se dicen llamar ateos, porque el juicio no se realizará con las medidas estrechas que a veces utilizamos o pensamos los seres humanos, sino por el contrario, será

sobre el criterio del amor. Poéticamente nos lo recuerda San Juan de la Cruz: *“al atardecer de nuestra vida seremos juzgados en el amor”*.

En la enumeración de las obras de misericordia, no se excluyen sino que se dan por supuestos otros puntos esenciales de la enseñanza del evangelio, como lo son la fe, la conversión, las bienaventuranzas, los mandamientos, la vida de carácter moral y todo aquello que gira alrededor del principal y único mandamiento: el amor, porque como bien nos lo recuerda San Pablo, *‘amar es cumplir la ley entera’ (Rom 13,8)*.

Tristemente nuestra actitud frente a los hermanos que sufren y que están en dolencias o en situaciones difíciles de pecado y de cualquier clase de mal, es la del rechazo; o hasta la de a veces pensar en un tono de reclamo a Dios, el por qué no desaparecen los que hacen el mal. Jesús hoy nos recuerda que la clave de la salvación es nuestra actitud frente a los hermanos. El prójimo, especialmente los que sufren son el termómetro que miden nuestro nivel de cristianos. El juicio no se decide entonces de acuerdo a la voluntad del Señor, sino de la nuestra. El juicio se desarrolla cada día frente a las actitudes de compromiso que tomamos frente a los más necesitados, pues decidir o rechazar a cualquiera de ellos, por estorbosos que parezcan, es decidir y rechazar al mismo Cristo: *“Porque cada vez que lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron... cuando lo dejaron de hacer con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo dejaron de hacer” (Mt 25, 40.45)*.